



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 45.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.



N.ºs 1 y 2 —PALETOT PARA JOVENCITA DE 10 Á 12 AÑOS. (La explicacion en la hoja de patrones) —N.º 3. PALETOT PARA NIÑO DE 4 Á 6 AÑOS.—N.º 4. PALETOT PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.—N.º 5. PALETOT PARA NIÑA DE 5 Á 7 AÑOS.—N.º 6. ABRIGO CON ESCLAVINA PARA NIÑA DE 4 Á 6 AÑOS.—N.ºs 7 y 8. PALETOT PARA NIÑA DE 8 Á 10 AÑOS.—N.ºs 9 y 10. PALETOT PARA NIÑO DE 8 Á 10 AÑOS.—N.º 11. PALETOT PARA SEÑORITA DE 15 Á 17 AÑOS.

Acompaña á este número el patron n.º 13 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

NOVIEMBRE DE 1867.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones, que contiene: Paletot para jovencita de 10 á 12 años.—Paletot para niño de 4 á 6 años.—Paletot para niña.—Abrigo con esclavina para niña de 4 á 6 años.—Paletot para niña de 8 á 10 años.—Paletot para niño.—Paletot para señorita de 15 á 17 años.—Paletot de mangas anchas.—Paletot largo.—Paletot con rulos.—Albornoz para señora de edad.—Paletot Alejandrina.—Paletot Elegante.—Paletot Don Pedro.—Paletot Húsar.—Paletot Moskan. La vida de la muerte.—Al Hijo del Damují.—Caridad.—Recuerdos juveniles de Enrique Conscience.—Logogrifo.—Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

EXPLICACION

DE LA HOJA DE PATRONES.

Paletot para señorita de 15 á 17 años.

Figs. 29 á 32 del patron.

Este paletot es de paño peludo gris; se le orla con una tira de tafetan gris de centímetro y medio de ancho; los botones son planos de nácar.

Para hacer este paletot se empleará 1 metro y 30 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho; se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 29 y 32, la espalda y el cuello enteros por las figs. 30 y 31 que representan sus respectivas mitades. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan gris para sostener los botones y los ojales; el ancho de esta tira es de 11 centímetros debajo del escote, y reproduciendo la forma del delantero, llega á tener 23 centímetros de ancho.—Para la faltriquera colocada sobre el delantero de la derecha, se hace la abertura indicada en la fig. 29; se la ribetea de tafetan, y se le pone un bolsillo por dentro.

En cada extremo de la abertura se respuntea una puntilla de tafetan; se reunen las figuras 29 y 30 á punto atrás, luego se coloca el cuello juntando las cifras iguales. Se ribetea el paletot con una tira de tafetan, respunteándola por el derecho. La manga se cose desde 55 hasta 56 á punto atrás, luego se fija en la sisa 55 sobre 55. En ámbos delanteros se ponen botones.

Paletot para niña de 6 á 8 años.

Figs. 33 á 36 (recto) del patron.

Este paletot es de paño *rizado* color castaño; la guarnicion se compone de galon de seda, botones y un cuello de terciopelo, todo ello tambien de color castaño; para hacerlo, se empleará 1 metro y 4 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 33 y 36 (pero el delantero de la izquierda se corta solamente hasta la línea de puntos de la figura 33); se corta la espalda entera por la fig. 34 que representa su mitad. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan de 6 centímetros de ancho para sostener los ojales que se hacen en el delantero de la derecha, y los botones que se colocan en el de la izquierda. En el de la derecha se hace entre la doble línea de la fig. 33 una abertura para la faltriquera; se orla esta con galon y se la respuntea en ámbos extremos una pequeña punta de terciopelo color castaño. Se reunen las figs. 33 y 34 á punto atrás, juntando las cifras iguales; en el borde inferior se hace un dobladillo de un centímetro. Los delanteros; el cuello se corta entero por la figura 35 (que representa su mitad), es de terciopelo con forro de tafetan; se le fija en el escote; la manga se cose desde 63 hasta 64, luego se fija en la sisa 63 sobre 63.

Paletot para niño de 4 á 6 años.

Figs. 37 á 41 (recto) del patron.

Se hace este paletot de paño chiné gris y castaño, y se guarnece con una trenza de lana negra que tenga de ancho centímetro y medio, respunteada por ámbos lados con lana color castaño; botones negros de asta. El borde de los delanteros va cortado al sesgo.

Para hacer este paletot se emplea un metro de tela que tenga un metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 37, 38 y 40, pero el delantero de la derecha se corta solamente hasta la línea de puntos de la fig. 37.—El cuello se corta entero y doble por la fig. 39, que representa su mitad; la manga por la fig. 42. Se deja de mas en el conforno la tela necesaria para las costuras, debiendo cada pedazo cruzar sobre el inmediato por lo menos un centímetro.

Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tela de 8 centímetros de ancho; se hacen los ojales, se cosen los botones. Sobre el delantero de la izquierda se hace una abertura al sesgo para la faltriquera, y sobre el de la derecha otra para la faltriquera del pecho; á esta última se adapta, respun-

teándola, la carterilla (fig. 40), mientras que la primera se orla con un galon.

Las dos mitades de la espalda se cosen una con otra, luego se reunen á los delanteros por una costura doble; el cuello se pega en el escote juntando las cifras iguales, como en todos los demás pedazos; la manga se cose desde 73 hasta 74, luego se fija en la sisa 73 sobre 73. El paletot se orla con un galon.

Paletot para niña de 5 á 7 años.

Figs. 42 á 48 (recto) del patron.

Se hace de paño chiné negro y blanco, y se orla con una trenza de lana de 2 centímetros y medio de ancho; botones negros de madera tallada.—Se emplearán para hacerlo 97 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho.

Se cortan los dos delanteros por la fig. 42, pero el de la izquierda solamente hasta la línea continua, el de la derecha sin la esquina superior é inferior limitadas por la línea continua. Se cortan la espalda y el cuello enteros por las figs. 43 y 46, que representan sus mitades,—un pedazo por cada una de las figs. 44 y 45,—dos pedazos por la fig. 48,—la manga por la fig. 47, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos en la mitad de debajo. Se reunen los pedazos juntando las cifras iguales, se orlan los contornos con la trenza de lana: en el delantero de la derecha se ponen las solapas, orladas de trenza, luego se doblan estas solapas hácia el derecho del paletot, fijándolas por algunos puntos. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan de 8 centímetros de ancho forrada de percalina; se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se fijan los botones en el de la izquierda. Se coloca el cuello en el escote juntando las cifras iguales, se cubren las costuras por el revés con una cinta de tafetan. La manga se cose desde 84 hasta 85, desde 86 hasta 87; en la costura del codo se coge la guarnicion de la manga. Debajo del borde inferior de esta se pone una tira de tafetan de 4 centímetros de ancho; sobre la guarnicion se fija un boton. La manga se cose en la sisa 86 sobre 86.

Paletot para señorita de 13 á 15 años.

Figs. 73 á 75 (verso) del patron.

Este paletot, hecho de terciopelo inglés gris, lleva por toda guarnicion un galon de seda de tinta un poco mas oscura, que tenga 2 centímetros de ancho, respunteado por uno y otro lado con seda blanca; botones grises de pasamanería.

Para hacer este paletot se empleará un metro y 16 centímetros de tela, que tenga un metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan los dos delanteros por la fig. 73; pero el de la derecha hasta la estrella, y desde aquí hasta el borde inferior sobre la línea continua.

El delantero de la izquierda se termina en línea recta; se le corta desde el borde superior hasta la estrella y desde esta sobre el contorno del patron. Se cortan la espalda y el cuello enteros por las figuras 74 y 75, que representan sus mitades.—Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan forrada de percalina, para sostener los botones y los ojales. Se reunen espalda y delanteros despues de haber colocado sobre el borde inferior de la espalda una presilla de 15 centímetros de largo y 4 de ancho, orlada con galon y adornada con botones, hecha de la misma tela que el paletot. Se fija el cuello sobre el escote, y se cubre esta costura con un galon respunteado por ámbos lados, igual al que orla el paletot, y en cuyo contorno se ha hecho un dobladillo.

La manga es igual á la del paletot para señorita de 15 á 17 años (véase el recto del patron); se disminuye un poco esta manga, y luego se pone debajo de su borde inferior una tira de tafetan de 4 centímetros de ancho. Esta manga se fija en la sisa.

Paletot para niña de 8 á 10 años.

Figs. 76 á 80 (verso) del patron.

Este paletot está hecho de paño azul oscuro; la guarnicion se compone de trenza de lana negra, que tenga 3 centímetros de ancho, y de trencilla negra de lana.

Para hacerlo se empleará 1 metro y 20 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho;—se cortan los dos delanteros por la figura 76, el de la derecha sobre el contorno del patron, el de la izquierda solamente hasta la línea de puntos. Se cortan la espalda y el cuello enteros por las

figuras 77 y 78 que representan sus mitades, dos pedazos para cada manga por la fig. 79, la vuelta por la fig. 80; debajo del borde de cada delantero se pone una tira de tafetan de 4 centímetros de ancho; se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales; se fija sobre el escote el cuello forrado de tafetan.

Se cose la manga desde 65 hasta 66, desde 67 hasta 68; se pone debajo de su borde inferior una tira de tafetan, luego la vuelta, y en fin, se fija la manga en la sisa juntando, como en la vuelta, las cifras iguales.

Se ponen algunos corchetes; se pega en el delantero de la izquierda una presilla forrada de tafetan, se hace un dobladillo en los contornos, y se pone la trenza de lana que cubre la costura de las presillitas.

Paletot para niño de 8 á 10 años.

Figs. 81 á 85 (verso) del patron.

Los delanteros de este paletot, hecho de paño gris-pizarra, cruzan estensamente; todos los contornos y todas las costuras se respuntean con seda negra.

Para hacer el paletot se empleará 1 metro y 4 centímetros de tela que tenga 1 metro y 30 centímetros de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 81, 82, 83, el cuello entero por la fig. 84, que representa su mitad. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de la misma tela, que tenga 12 centímetros de ancho por su borde superior, y que se estrecha gradualmente hasta tener solo 50 centímetros de ancho. Se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se ponen los botones en el opuesto y antes de coser cada boton, se fija en el sitio que ha de ocupar una pieza redonda de paño igual al del paletot.

La forma de cada faltriquera está indicada en la fig. 81 por los contornos de la línea de puntos; la carterilla de la faltriquera va forrada y lleva un ojal. Se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales y haciendo dos costuras respunteadas, cruzando cada pedazo un centímetro y medio sobre el pedazo con el que se une. Debajo del borde inferior se pone una tira de paño, que tenga centímetro y medio de ancho, el cual se respuntea por el derecho; se orla el cuello del mismo modo, y se le fija sobre el escote. La manga es igual á la del paletot para niño de 4 á 6 años (recto), solo que se la hace mayor por todos sus contornos; en ella se cose la vuelta, y luego se la dobla hácia afuera; en fin, se fija la manga en la sisa.

Abrigo con esclavina para niña de 4 á 6 años.

Figs. 86 á 90 (verso) del patron.

Este abrigo, con esclavina y cuellecito de terciopelo negro, está hecho de franela á cuadros escoceses, negros y azules; va algodónado y forrado de muselina, de lana azul oscuro. La espalda es de jareta, así como los puños, por los cuales se pasa un cordón elástico.

Todos los contornos se orlan con un vivo de cachemira azul.—Se cortan en franela, algodón de entretelar y forro, dos pedazos por la fig. 86, la espalda entera por la fig. 87 que representa su mitad. Se cortan en franela y forro (sin algodón) dos pedazos para la esclavina por la fig. 89; se los cose juntos en el medio por detrás; se corta en terciopelo y tafetan negro, el cuello entero, por la fig. 90, que representa solamente su mitad. Se reunen todos estos pedazos juntando las cifras iguales, despues de haber cosido la hoja de algodón sobre el forro de modo que forme cuadros ó rombos. En cada costura se *descarga* el algodón un poco para adelgazarlo, y se abandona siempre el forro de uno de los pedazos, á fin de sobrecoserlo despues sobre la costura. A tres centímetros de distancia del contorno exterior se vuelven á coser unos con otros todos los pedazos. Por el revés de la espalda, á unos 20 centímetros poco mas ó menos del escote, se cose una tira de cachemira de 20 centímetros de largo y dos y medio de ancho, en la parte media de la cual se hace otra costura, á fin de formar la jareta por la que se pasan dos cordones.

Cada manga se cose desde 84 hasta hasta 85, desde 86 hasta 87; se coloca un vivo en el borde inferior, se pone una jareta por debajo, luego se fija la manga en la sisa juntando las cifras iguales. Se ponen los botones en el delantero de la izquierda, y en el de la derecha se pone un cordón dispuesto en forma de presillas para enlazar con los dichos botones; se cosen la esclavina y el cuello sobre el escote, y se guarnece este con corchetes.

LA VIDA DE LA MUERTE.

(CONCLUSION.)

CAPITULO IV.

CARTA A UN AMIGO HONRADO.

"Nazareth.

"Hoy me he acordado de tí, precisamente en el momento en que tomaba la pluma para escribir mis impresiones á la mujer que tanto he idolatrado... iba á decir *amado*, pero no quiero profanar una palabra que no expresa la sensacion que me ha hecho idolotrarla.

"Tú que sabias mi pasion, tú que me quieres como un hermano y que veias al mismo tiempo que la baja de mi bolsa la destruccion de mi salud, me pedias que la abandonase.

"Hoy comprendo que yo era la locura y tú la razon.

"Por eso he pensado en tí al pensar en ella; por eso te dirijo la carta que le habia prometido desde Constantinopla.

"Allí todavía podia pensar en ella, la voluptuosidad de las costumbres, la codicia de los hombres, la mísera condicion de las mujeres, la pipa, el opio, un paseo por el Bósforo, los cafés flotantes, todo cuanto me rodeaba me dejaba ver como los últimos reflejos de un sol que se pone, los hechizos que tanto me han cautivado.

"Y sin embargo, allí, en la antigua y poética Stambul, he tenido ocasion de desencantarme, he visto la voluptuosidad en *negligé* y me ha horrorizado.

"Ah! el amor puede ser un vicio ó una virtud, el infierno ó el cielo.

"¿Puedes figurarte un cuerpo sin alma, moviéndose, agitando, en una palabra, viviendo?

"Desde Constantinopla á Nazareth, ó mejor dicho á los Santos Lugares la distancia no es mucha pero hay un abismo en medio.

"Oh! qué cambio tan grande se ha operado en mi espíritu.

"Yo que no he tenido una madre á mi lado desde el momento en que mis ojos sirvieron á mi alma para ver, yo que nunca he aspirado ese suave perfume de la fe, y porqué no decirlo, yo que no me he detenido á pensar un instante en lo que significa la palabra *Redencion*, al llegar aquí, al recordar la Historia Santa, al evocar mi imaginacion los sublimes momentos de la Pasion de Jesucristo, al contemplar su grandiosa figura, al adivinar sus huellas, me parece que gozo mas que nunca y que este goce en vez de destruirme me fortalece. Sí, hermano mio, cuanto ha servido de pasto á mi ingenio para satirizarlo, el amor, la piedad, la fe, la pobreza, me encanta, me embriaga, produce en mí un efecto indescriptible. Un dia entero ante un añoso cedro, el ósculo que imprimió en la mano de alguno de los venerables, de los santos custodios de estas reliquias llenan mi alma de una felicidad sublime.

"Pero qué mas... uno de estos dias, ví al borde de un pozo una jóven de quince á veinte años, llevaba un cántaro, el zagalejo corto dejaba ver unos piés de marfil y al contemplarla... no se lo digas á nadie, mis sentidos permanecieron dormidos, solo mi alma admiró su hermosura, y recordé á la Samaritana. Bien sabe Dios que no cruzó por mi mente mas que un deseo. "Dios la bendiga," dige, y deseé su felicidad!

"No te parezco otro?"

"Lo que es yo te confieso que estoy asombrado de mí mismo.

"He traído letras contra Constantinopla, contra Smirna, contra otras ciudades que pienso visitar y no me acuerdo del dinero. La modestia con que vivo me embelesa. ¡Ah! ¿porqué me quedará tan poco tiempo de vida? Mi médico me dijo al consultarle: "V. ha vivido mucho."

"Oh! no, mi alma se despierta ahora, ahora es cuando empiezo á vivir, ahora que la muerte me espera con sus descarnados brazos.

"Bien dicen que la vida es un soplo.

"No me hagas caso, no me compadezcas porque soy muy feliz.

"Ya verás, dentro de cuatro dias voy á quedarme sin mis compañeros de viaje, pero recomendado á los frailes. Viviré en mi celda, comeré en su refectorio, trabajaré como ellos, aprenderé á rezar; sí, á rezar, porque se goza mucho rezando y me resignaré.

"No me atrevo á escribir todo esto á mi padre: si me creyese, le daría una noticia muy triste, le probaría que aun no ha empezado á vivir.

"Pobre padre!

"Ah! si mi madre hubiera vivido... para ser honrado es necesario tener una madre, una esposa ó un hijo, ó al menos haberlos tenido y no haberlos olvidado.

"Sobre todo te ruego que no leas esta carta á los amigos, se reirian de mí.

"Si no nos vemos, porque yo me quedaré de seguro por acá, piensa que te he abierto mi alma desde el momento en que la he sentido en mí."

Juan habia sufrido en efecto un gran cambio; pero aun no estaba mas que al principio de su transformacion, y este principio era su fin, creyendo á los doctores que le habian visto en Madrid.

CAPITULO V.

CARTA A MI MEDICO.

Convento de Franciscanos en Nazareth.

"Mi querido doctor: empiezo á creer que la ciencia no es tan infalible como yo presumia.

"Han pasado cuatro meses y todavía vivo y vivo bien. Los hermanos dicen que hasta he engordado y si la ropa no ha encogido, lo cual no me parece probable, es cierto. De cualquier modo lo que me pasa es milagroso: yo que era en esa perezoso, con razon porque me acostaba muy tarde, madrugo aquí, tambien con razon porque me acuesto muy temprano.

"En cuanto amanece me levanto, voy á la huerta, trabajo como un gañan y ni me resfria el fresco de la mañana, ni me cuesta trabajo manejar la azada. Trabajo por gusto y así se explica mi constancia. Paseo mucho, trepo por las montañas, cómo bien, estoy tranquilo, las horas son aquí mucho mas largas que en Europa, pero no me aburro, todo me distrae, todo me preocupa, todo me divierte. Por la noche tengo un sueño!... y duermo como un bendito, eso sí: apenas me acuesto mis ojos se cierran. Si esto durase... pero no durará... el otoño se acerca y el otoño es mi tumba. Los frailes creen que deliro, pero yo creo en V. y en su ciencia. Verdad es que tambien creo ya en los milagros.

"Mi naturaleza ha vuelto á su estado primitivo, la sencillez, la inocencia... hé aquí mis musas. Pida V. á Dios que vuelva á escribirle porque no pienso hacerlo hasta llegar á Alejandria y no saldré de aquí, si salgo, hasta la primavera próxima."

CAPITULO VI.

ACLARACIONES.

El doctor que al leer esta carta recobró la esperanza la perdió al cabo.

La carta prometida no llegó con la primavera.

Como el padre de Juan no tenia noticias de su hijo, como nadie sabia de él, todos le creyeron muerto.

El pobre padre sufrió desde aquel instante el castigo de su indiferentismo.

Con el alma profundamente herida, quiso abandonar el mundo y sus goces y se retiró á una hacienda que poseia en Granada, para llorar allí sus extravíos.

Transcurrieron dos años, tres, cuatro y Juan no parecia.

Su muerte era indudable y sin embargo una noche de Diciembre... pero voy á contar lo que sucedió aquella noche en otro capítulo.

CAPITULO VII.

UNA NOCHE BUENA.

Era el dia 24 de Diciembre.

Los criados de la hacienda, que dicho sea de paso y para que lo sepan mis lectores estaba á punto de pasar á los acreedores del padre de Juan, cantaban y bailaban para celebrar el nacimiento del Niño Jesus.

Solo el padre en su aposento, meditando en su pasado, en su presente y en su porvenir, se entristecia mientras que todos se alegraban.

Le habian preparado una espléndida cena, sus criados se lo habian anunciado como un obsequio, pero qué le importaban los manjares.

La soledad es sóbria.

Sentado en un sillón junto al hogar, apoyada la cabeza en sus manos pugnaba por llorar y no podia.

—Esta es sin duda mi última noche buena; se dijo con profunda tristeza.

Un fuerte aldabonazo dado en la puerta de la casa le sacó de su meditacion.

—Quién será? se preguntó.

Poco despues se presentó la arrendadora y le dijo:

—Señor, han llamado unos viajeros que se han perdido en el camino y piden hospitalidad, son jóvenes y parecen marido y mujer... les acompaña un niño y suplican á su mercé que les deje pasar la noche en la hacienda.

—Diles que entren y aun haré mas por ellos: cenarán en mi mesa.

La buena mujer cumplió el deseo de su amo, los viajeros entraron, se saludaron como está en el orden y media hora despues acompañaban en torno de la mesa al padre de Juan un jóven como de veintinueve á treinta años una mujer de veintidos y un niño de dos años.

A juzgar por el aspecto de su traje no tenian nada de ricos, pero sus rostros respiraban salud.

La cena fué abundante y el padre de Juan mas animado que de costumbre sentó sobre sus rodillas al niño y le colmó de halagos.

—Le agradan á V. los niños? preguntó el jóven.

—Mucho.

—Ha tenido V. hijos?

—Uno.

—Y vive?

—Ay! no señor, exclamó suspirando, ha muerto.

Y le contó la historia de su hijo.

—Por verle hoy á mi lado, añadió, por abrazarle no sé cuánto daría. Tarde he sabido lo que vale el cariño de un hijo: es la felicidad que me ha sonreído y que he perdido.

—Tiene V. razon: sobre todo si le viera V. como yo estoy, casado, con un vástago que le llamara á V. abuelo....

—Ah! sí, sí, dijo animándose el padre de Juan.

—Con una esposa que le amase á V. como una hija.

—Cierto que eso seria... pero no... sufriría mucho!

—Porqué?

—Porque he perdido mi fortuna, lo único que me queda, esta hacienda, es de mis acreedores y mañana tal vez me echarán de ella.

—Tanto mejor, con eso hallaría V. un hogar en el de sus hijos.

—Acaso olvidarian...

—No señor, dijo el jóven levantándose, los hijos cuando llegan á comprender á Dios respetan y aman siempre á sus padres.

—Conserva V. los suyos?

—Solo mi padre vive.

—Dichoso él!

—No lo cree así.

—Pues cómo?...

—V. al menos acaba de indicarlo.

—Qué dice V.?

—Digo, querido padre, que yo soy aquel hijo pródigo que se separó de V. condenado á muerte y que hoy vuelva á su lado corregido y aumentado como V. vé.

—Juan! tú... mi hijo?

—Sí, padre, yo... que he sufrido mucho y que por lo tanto sé lo que vale tu cariño, yo que vengo á enseñar á mi hijo cómo se ama á los padres.

Sería hacer una ofensa á la penetracion de mis lectores decir lo que pasó en aquel momento.

El padre de Juan lloró, pero lloró de alegría.

CAPITULO VIII.

CONCLUSION.

Qué habia pasado á Juan?

El banquero que debia pagar sus letras quebró, se vió solo y pobre en un país extranjero, tuvo que trabajar, se vió obligado para regresar á Europa á embarcarse en un buque en calidad de camarero; naufragó, estuvo en una isla, algo peor que Robinson, al fin y al cabo llegó á España y desembarcó en Almería.

Conservaba su título de abogado; fué primero escribiente, despues pasante, al fin ejerció la abogacia y en esta vida aventurera, laboriosa, acosado por las desdichas, animado por las esperanzas, llegó á esa crisis en que el hombre encuentra en medio del dolor su conciencia.

El ejercicio le devolvió la salud, el trabajo le fortaleció, la desdicha le dió la resignacion, la resignacion la honradez.

Lo lógico es que fuese buen esposo, buen padre y buen hijo.

Por el camino de la muerte habia hallado la vida.

JULIO NOMBELA.

AL HIJO DEL DAMUJI.

IMITACION.

I.

Si tú hallas dulces cual de las aves los ecos tristes de mi cancion, mucho mas gratos, mucho mas suaves tus tiernos versos para mí son.

II.

Y en esta tierra cara y dichosa, de grandes génius cuna tambien, te formaremos de mirto y rosa corona digna para tu sien.

III.

Si mis canciones pobres, sencillas, tú las encuentras de gran valor; si soy calandria de estas orillas, tú eres de aquellas el ruiseñor.

IV.

Y en esta tierra cara y dichosa, de grandes génius cuna tambien, te formaremos de mirto y rosa corona digna para tu sien.

V.

Cantas alegre... tienen aroma tus tiernos versos, como la flor; yo canto triste cual la paloma... mi canto expresa solo dolor!

VI.

Y en esta tierra cara y dichosa, de grandes génius cuna tambien, te formaremos de mirto y rosa corona digna para tu sien.

VII.

Entusiasmado, desde otros lares mis pobres rimas aplaudes tú, y al eco blando de tus cantares responde el eco de mi laud...

VIII.

Y en esta tierra cara y dichosa, de grandes génius cuna tambien, te formaremos de mirto y rosa corona digna para tu sien.

SOFIA ESTEVES Y VALDÉS.

Puerto-Príncipe, Cuba: 1867.



PALETOT DE MANGAS ANCHAS.

PALETOT LARGO (La explicacion en la hoja de patrones.)

PALETOT CON RULÓS.

PALETOT PARA SEÑORITA DE 15 Á 17 AÑOS (Exp. en la hoja de patrones).

PALETOT CON RULÓS (La expl. en la hoja de patrones).

ALRORNOZ PARA SEÑORA DE EDAD, ó bien SALIDA DE BAILE (La expl. en la hoja de patrones).



PALETOT ALEJANDRINA (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT ELEGANTE (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT DON PEDRO (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT HÚGAR (La expl. en la hoja de patrones).

PALETOT MOSKAN (La expl. en la hoja de patrones).

CARIDAD.

I.

Alfredo de Montaner era un escribiente de una casa de comercio que con su escaso sueldo, mantenía á su madre y á dos hermanas que veían en él su providencia.

Huérfano de padre á la temprana edad de quince años, había sido admitido en el escritorio del opulento comerciante don Antenor Oquendo, días despues de aquella desgracia y para ocupar la plaza que su padre desempeñaba anteriormente. Su buena voluntad y mas que todo el deseo de ser útil á su madre y á sus dos hermanas, muy niñas aun para que con su trabajo pudiesen ayudar en algo á aquella, suplían la carencia completa de estudios mercantiles que su padre no había podido proporcionarle.

Si contento estaba don Antenor con el padre de Alfredo mucho mas lo estaba con el hijo. Era el primero que acudía al escritorio y siempre salía despues que todos le habían abandonado y aun muchos días tenía don Antenor que darle la órden de retirarse, porque su salud un tanto decaída, no le permitía prolongar por mucho tiempo las horas de trabajo.

Doña María, que así se llamaba la madre, adoraba á Alfredo y cada vez que el comerciante, refería algun nuevo rasgo de la honradez del chico, las lágrimas corrían en abundancia por sus mejillas.

Por otra parte la conducta de Alfredo fuera del escritorio era intachable y ni una sola vez tuvo su madre que recordarle cuál era el camino que debía seguir en el mundo para vivir tranquilo en él y gozar luego el premio que Dios concede á los justos.

Desde niño se había acostumbrado á huir de las malas compañías y de aquí el que nadie pudiera decir que había visto á Alfredo en cafés, garitos ú otros sitios por el estilo donde por desgracia es tan fácil encontrar hoy jóvenes depravados y calaveras, que con el pié dentro del camino del vicio, rara es la vez que vuelven atrás, y siguen la escabrosa senda de la virtud, como ellos suelen llamarla.

Sus compañeros, educados en esa atmósfera viciada de que tanto alarde hacen algunos en este siglo, habían pretendido con empeño arrastrarle tras de ellos á sus vicios y liviandades, pero Alfredo con ese valor que presta la virtud á sus elegidos, rehusó siempre acompañarles á ninguna de sus fiestas y diversiones.

Esta conducta y las muestras de aprecio y consideracion que de su principal recibía Alfredo constantemente, fueron bastante para que la envidia, royendo los corazones de sus compañeros, comenzara á ensañarse en él.

Todas las faltas que ellos cometían caían sobre Alfredo que ó bien tenía que repararlas antes que Oquendo las notase, ó bien se presentaba á este como el verdadero autor, sufriendo el bochorno de que aquel le dirigiera algunas palabras un poco duras delante de todos, aun cuando luego procuraba dulcificar el castigo sin herir de manera alguna la delicadeza del jóven.

Doña María, ignorante de cuanto á su hijo pudiera ocurrirle y le ocurría en el escritorio, le veía siempre alegre y satisfecho y creía de buena fe que su Alfredo era tan dichoso como él decía.

Viviendo de este modo, la madre engañada y el hijo sufriendo cada vez mas, pasaron cerca de dos años y llegó el verano de 184... que es en la época en que los vamos á presentar á nuestros lectores.

II.

Era una hermosa tarde del mes de Junio.

El sol que con sus dorados rayos había calcinado la tierra durante el día comenzaba lentamente á esconderse tras el lejano horizonte y una brisa fresca y perfumada, que rizaba las espumosas aguas del Mediterráneo, hacía murmurar los árboles del bosque.

Alfredo, concluido su trabajo, se disponía á salir de la oficina para dar un paseo por la orilla del mar, cuando el señor de Oquendo le mandó llamar á su despacho.

Obedeció el jóven y pocos instantes despues se encontraba en presencia del banquero.

—Es preciso que desempeñes una comision esta misma tarde, hijo mio, le dijo don Antenor.

—V. dirá.

—Toma esta letra y vé á cobrarla antes que cierren el despacho los señores que tienen que pagarlo: mañana puedes traer el dinero.

—Mañana?

—Sí, luego no estaré yo aquí y vale mas que lo guardes en tu casa.

—Como V. guste, don Antenor.

—Toma y ven temprano mañana.

—Descuide V..

Y el jóven despues de saludar á su principal salió del despacho.

Oquendo que le apreciaba casi tanto como si fuera de su propia familia le vió salir con aire satisfecho y luego murmuró restregándose las manos:

—Qué buen chico es! Estoy seguro que en toda la plaza no hay un solo comerciante que pueda preciarse de tener un muchacho como este.

En tanto Alfredo llegó á la casa de comercio donde tenía que cobrar la letra: diéronle el dinero y saliendo de allí se dirigió paseando á la orilla del mar, sitio predilecto suyo y en el que pasaba muchas horas seguidas cuando sus ocupaciones se lo permitían, contemplando la inmensidad de las aguas y la grandeza de Dios.

Alfredo, en sus ratos de ocio, habíase dedicado á cultivar las Musas y de su pluma brotaban ya raudales de ar-

rebatadoras poesías, todas ellas llenas de sentimiento y revelando lo que en su corazón sentía el jóven.

Hijo del pueblo y criado entre él, sus cantos eran todos para sus compañeros de infortunio, para los hijos del trabajo, y ni una sola vez salió de su inspirada mente servil adulacion para el noble, mentida alabanza para el opulento.

Largo tiempo permaneció Alfredo ensimismado y quizás hubiera permanecido en muda contemplacion hasta muy entrada la noche, si no hubiera llegado á interrumpirle en sus meditaciones, la voz de un niño que á sus espaldas murmuró con sentido acento.

—Señorito! una limosna por amor de Dios.

III.

Volvió Alfredo y vió ante él un niño que con lastimoso ademán extendía hácia él una de sus manecitas.

Siempre compasivo y bueno; Alfredo llevó la mano al bolsillo para dar una limosna al niño, pero variando sin duda de idea, le atrajo dulcemente hácia sí, y separando de su despejada frente los ensortijados y rubios cabellos que la ocultaban, estampó un beso en ella y luego preguntó con cariñoso acento:

—Para quién pides limosna, hijo mio?

El niño, con esa entonacion peculiar de los andaluces, con esa media lengua que llama Fernán Caballero, tan dulce, tan bonita, contestó levantando sus hermosos ojos azules hácia Alfredo:

—Para mi madre, que está muy malita.

—No tienes padre?

—Sí, señor, pero está muy lejos. Mamá dice que vendrá pronto y que entonces tendremos pan y se pondrá buena: pero como tarda tanto, yo salgo todos los días á buscar cuartos para mamá.

—Y no tienes hermanitos?

—Una tengo, Aurora, que es muy buena y trabaja mucho, pero ahora la pobrecita no encuentra camisas para coser y llora mucho, mucho.

—Quieres llevarme á tu casa?

—Sí, señor, porque mamá se alegrará mucho. Dice que los que van á ver á los pobres, son ángeles del cielo y se pone mejor cuando los vé.

—Entonces, vamos allá.

Y Alfredo tomando al niño de la mano, empezó á andar en direccion de la ciudad.

Por el camino siguió haciendo diversas preguntas al pobre mendigo y cuando llegó á su casa, sabía ya los nombres de toda la familia si bien ignoraba sus infortunios, que el niño, llamado Julio, no había sabido referirle.

Antes de entrar en la casa de aquella familia desgraciada, Alfredo pensó que no debía ofrecer una limosna como á unos pobres cualquiera, sino de un modo que no hiriese la delicadeza de la señora Marta y de su hija Aurora.

Sin acertar á explicarse el porqué, Alfredo se figuró que en aquel sotabanco que iba á visitar se encerraba una de esas historias desconocidas para la generalidad del vulgo, pero que los hombres caritativos y piadosos encuentran á cada paso.

Poeta y soñador, su imaginacion se forjó bien pronto toda una tragedia, porque las maneras del niño, su modo de expresarse, su finura, todo revelaba otra educacion distinta de la que por desgracia reciben los hijos del pueblo.

Víctimas sin duda de algun gran infortunio, aquellos seres habían caído, quizás desde la mas alta opulencia al primero ó tal vez al último escalon de la miseria.

Pensando esto fué por lo que se detuvo un momento el jóven, pero tomando por fin una resolucion, dijo de pronto:

—Vamos arriba, Julio.

IV.

En una pequeña habitacion del sotabanco de la casa donde entraron Julio y Alfredo, se veían á aquella misma hora dos mujeres pobremente vestidas.

En aquel reducido espacio, sin mas luz que la que penetraba por una pequeña claraboya abierta sobre un tejado á dos metros del suelo y pegada al techo, se veían algunos restos de muebles, en el peor estado que imaginarse pueda.

Un jergon que disimulaba la existencia de la paja, servía de asiento á una señora anciana ya, pero en cuyo rostro se conservaban aun restos que denotaban haber sido hermosa en su juventud.

A su lado y teniendo en sus manos un pequeño vaso con una medicina y una cuchara de madera, con la que administraba el contenido del vaso á la anciana, había una jóven de diez y ocho primaveras, de una hermosura magnífica, pero que descarnada y pálida, daba á conocer sus sufrimientos y su miseria.

—Vamos, toma, madre mia, no seas así, decía la jóven que no es otra que Aurora la hermana de Julio, toma otra cucharada mas y pronto tendremos el gusto de verte buena.

—No puedo, Aurora, ese medicamento tiene un sabor muy desagradable, contestó doña Marta.

—Y qué importa, mamá? Si fueras una niña se comprende que dijeras eso, pero conociendo el bien que puede hacerte esto, es una tontería el no quererlo tomar por su sabor.

—Los viejos y los niños nos parecemos mucho.

—Y qué? acaso eres tú vieja?

—Sí, hija mia, por desgracia los padecimientos me han traído á un estado que ya ha concluido con mi juventud.

—No lo creas así, mamá; ¿qué importa que el cabello

comience á blanquear, si aun hay fuego en tu corazón, si aun eres muy jóven por la edad?

—Ah! mucho importa, hija mia. Cuando despues de una vida tranquila y venturosa, en la que todo nos ha sonreído, nos hallamos de pronto sumidos en la mas horrible de las miserias, despues de haber sufrido toda clase de humillaciones, la vejez asoma en seguida á nuestro rostro, saturado de ella nuestro corazón. Cuando ya no cabe en él una gota mas de hiel, rebosa por todos lados y nos cubre el cabello de canas y el cuerpo de arrugas.

—Pero, ¿y el alma, madre mia?...

—El alma! el alma lentamente parece se consume y envejece tambien con nosotros cuando aun somos muy jóvenes por la edad. Tu pobre padre ha sufrido tambien mucho y aunque es jóven todavía, le verás decrepito y achacososo, si Dios quiere concedernos aun la dicha de volverle á ver.

—¿Y cómo no? sus cartas son cada vez mas consoladoras y en las últimas principalmente, da á conocer que tiene muchas esperanzas de recobrar su honra y con ella su fortuna.

—Dios lo quiera, hija mia: en tanto pasará las mismas privaciones que nosotros hemos sufrido hasta ahora y quizás no pueda llegar al fin de su empresa porque el dolor y la miseria postren su cuerpo para siempre.

—Eh! qué ideas mas lúgubres tienes hoy: cuando debías estar mas contenta por el feliz resultado de mi cuestion de esta mañana. La Virgen del Socorro ha oído mis oraciones y nos ha dado para comer.

—Muy buena parece esa señora.

—Es un ángel, madre mia. Y si vieras á las dos niñas que tiene, te admirarías de ver tanta hermosura y tanta pureza reunidas. Cuando encontré en la ermita á esa señora, no me atrevía á acercarme á ella, porque su traje no parecía indicar mucha abundancia de bienes, pero la sonrisa de las niñas que me miraban tristemente, me animó sobremanera. Parecían dos ángeles que Dios puso ante mi paso para que encontráramos el sustento de algunos días y las medicinas para tu curacion.

—Dios siempre ampara al que lleno de fe, no desespera nunca de su infinita misericordia.

—Verdad es, madre mia.

En aquel momento dieron algunos golpes sobre la puerta y se oyó la tierna vocecita de Julio que desde fuera llamaba á su hermana:

—Abre, Aurora, que viene á vernos un amigo.

—Ya voy, Julio, contestó la jóven.

Y levantándose ligera como una pluma, abrió la puerta de la estancia.

V.

Julio que no esperaba otra cosa, se lanzó al cuello de su hermana, gritando con toda la fuerza de sus pequeños pulmones:

—Alégrate, Aurora, que ya tenemos cuartos. Este caballero, que va vestido como papá, nos trae muchos, muchos.

Aurora levantó la vista y fijó sus negros ojos en el jóven.

—Pase V., caballero, murmuró débilmente.

Alfredo se quitó el sombrero y franqueó la entrada.

—Mucho siento, dijo saludando con una ligera inclinacion de cabeza á doña Marta y á Aurora, venir á molestar á Vds., cuando no tengo el gusto de conocerlas, pero las simpatías que en mi corazón ha despertado este niño, han sido hastantes á conducirme hasta aquí, no con objeto de hacer una limosna al pobre, sino por conocer á la familia desgraciada que gime en la miseria.

—Su conducta de V., caballero, es digna por todos conceptos del mas desinteresado elogio, contestó doña Marta, y al recibirle á V. en nuestra humilde vivienda, tenemos una verdadera satisfaccion.

Aleccionada en la desgracia, doña Marta ni poseía la candidez de la inocencia, ni la astucia refinada del malvado, pero no se dejaba nunca sorprender, ni abría su corazón al primero que se le presentaba.

—V., señora, replicó Alfredo que comprendió desde luego que le era necesario darse á conocer, V. habrá creído que mi venida aquí tiene otro objeto distinto del que verdaderamente es, pero siento decirle que se ha equivocado.

—Ni he supuesto nada malo, ni puedo suponerlo, caballero, por lo tanto no debe V. pensar nada de mí. Pero siéntese V. si es que á la única silla que hay en casa, puede caberle esa honra.

—Señora! murmuró Alfredo, y como arrepentido de haberse incomodado por el ofrecimiento de doña Marta, añadió: Yo siento mucho molestar á Vds., pero ya que sin inconveniente alguno me reciben en su casa, voy á exponer con toda franqueza el objeto de mi visita.

Y sentándose en la única silla que adornaba la estancia, continuó diciendo:

—Hace algun tiempo, desde que faltó del mundo mi buen padre, que vivo manteniendo con el fruto de mi trabajo á mi madre y á dos hermanas, muy niñas todavía; apesar de que mi sueldo no es muy subido y de que somos muchos en la familia, puedo al cabo del mes dedicar parte de mis ahorros, muy escasos por cierto, á remediar las necesidades de mis hermanos, los hijos del trabajo y del infortunio y el día que á esa ocupacion tan grata me dedico, es uno de los mas dichosos de mi vida. Al encontrar hoy á Julio, he sentido en mi corazón no sé qué extraño presentimiento y en vez de darle una limosna cualquiera, he querido conocer á su familia. El aire distinguido del niño no me ha parecido hijo de una educacion vulgar y al tener el gusto de verlas á Vds., mi juicio se ha confirmado de una manera tal que no me deja lugar para la mas pequeña duda! Nada valgo y pocos son los recursos con que cuento, pero si la desgracia de Vds. procede,

como pienso, de un revés de la fortuna y de algun modo pueden utilizar mis servicios, dispongan Vds. de mí como si fuera un hijo ó un hermano. Tal es el objeto que me ha traído hasta aquí y que estoy dispuesto á cumplir sea cualquiera la clase de servicios que para ello tenga que prestar.

—La franca declaracion que acaba V. de hacernos, contestó doña Marta convencida de las buenas intenciones del jóven, me pone en el caso de ser igualmente franca con V. Víctimas somos, efectivamente, de un revés de la fortuna, pero nuestro mal tiene remedio y antes de mucho, quizás podamos volver á ocupar la posición que antes teníamos en el mundo. Si á V. no le es molesto, Aurora podrá referirle la historia de nuestros infortunios y por ellos verá que no equivocó el juicio que sobre el pequeño Julio tenía ya formado.

—Esa prueba de confianza me honra mucho, señora, y tendré sumo gusto en oír esa historia que grabada ha de quedar para siempre en mi corazón.

—Entonces principia, hija mía y procura ser ligera que este caballero tendrá acaso quehaceres que no le permitirán honrar largo tiempo nuestra morada.

Aurora encendió un cabo de vela que colocó sobre la mesa y empezó su relacion del siguiente modo.

VI.

—Hace dos años mi buen padre era uno de los comerciantes de mas crédito en la plaza de Bilbao; su firma sola era una garantía que ninguno de sus colegas de la villa ni aun de España y del extranjero, rechazaba nunca. Tanta era su honradez en los negocios y tan exquisita su escrupulosidad en materia de cuentas, que todos los capitales grandes y pequeños del noble solar vascongado, iban á aumentar sus arcas, devolviéndolos siempre á su debido tiempo, con el aumento que al capital correspondía.

Cualquiera que fuera el que se acercaba á su despacho á pedirle una cantidad como préstamo, salía derramando bendiciones sobre él y su familia, porque nunca exigía tanto por ciento ni ninguna de las condiciones que imponen los muchos usureros que por desgracia tanto abundan en nuestra patria.

Nadando en la opulencia, si así puede decirse, la educacion que recibimos mi hermano y yo, fué esmeradísima y digna en todo del puesto que nuestros padres habian sabido conquistarse en el mundo.

Aquella dicha no duró mucho tiempo; un hombre se habia introducido en nuestra casa, amparado por la bondad nunca desmentida de mi padre, y el que tanto le debía, llegó á ser la causa de su ruina.

Eduardo, que así se llamaba aquel hombre, era un jóven de veinte y cinco años á lo mas, de buena presencia y modales distinguidos. Empleado en la oficina de papá, tenía á su cargo el despacho de la correspondencia y estaba por lo tanto enterado de casi todos los negocios de la casa y aun de muchos asuntos particulares y de familia.

Aquel hombre, que desde el primer día que entró en casa, habia manifestado por mí particular predileccion, llegó en una ocasion á atreverse á poner las manos sobre mi cuerpo. Aquella accion que manchaba mi pureza y la honra de mis padres me llenó de indignacion, pero comprendí que papá no le tendria un momento mas en casa si le daba noticia de ella, quedando quizás expuesto á la miseria y no dije nada.

Yo misma pretendia encontrar una disculpa para su innoble comportamiento, pero no podia hallar ninguna para exponérsela á mi padre; las que encontraba ó creia encontrar, eran solo para mí y á nadie hubieran satisfecho.

Algun tiempo despues volvió Eduardo á dirigirse á mí con siniestras intenciones y entonces no tuve ya presente nada y grité cuanto pude. A mis voces acudieron papá, mamá y algunos dependientes de la casa que enterados del caso, arrojaron á aquel hombre de un sitio donde con tantas consideraciones se le habia tratado.

Libres creimos quedar de aquel infame, pero nos engañamos completamente. Al salir de casa se apoderó de la correspondencia de papá que en aquel mismo instante traía el cartero y abusando de todo, leyóla é hizo de ella un uso degradante y miserable, que para vengarse de nosotros sin duda preparaba.

Una de las cartas, dirigida á mi padre, era para un emigrado político que por su conducto las recibia de los hombres mas importantes de su partido; y su contenido, dadas las circunstancias azarosas que en aquella época atravesábamos, fué bástaute para que las autoridades, á quienes la entregó el infame Eduardo, creyeran á papá complicado en una conspiracion cuyas maquinaciones seguía hacia mucho tiempo el gobierno, y que aquella carta descubria completamente.

Reducido á prision y confiscados sus bienes, perdió el crédito en menos tiempo del que le habia costado ganarle y tras largo tiempo de encarcelamiento, pudo conseguir al fin su libertad, si bien no recobró sus bienes.

Enferma mi pobre madre desde que tal desgracia ocurriera, nos vinimos á este pueblo por consejo de los médicos, y agotados completamente nuestros recursos, llevamos ya algun tiempo viviendo en la mayor miseria, de la que solo nos sacan de vez en cuando las almas caritativas que se compadecen de nuestra desgracia.

Mi pobre padre está hoy en Madrid trabajando para que le sean devueltos sus bienes y en sus últimas cartas nos hace concebir risueñas esperanzas sobre ello.

¡Dios que no abandona nunca al que cree en Él y le teme, tampoco nos ha abandonado á nosotros un solo instante y con su ayuda esperamos que mi padre recobre,

no su hacienda, que nada significa, sino su honra, tan torpemente manchada por un infame calumniador!

(Se continuará.)

M. SECO y SHELLY.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

V.

Mientras que dormíamos profundamente, un regimiento de cazadores holandeses se aproximó silenciosamente á nosotros. Sus hombres, arrastrándose por el suelo, se habian desplegado á manera de tiradores en un dilatado campo de avena que se extendia muy cerca de nuestro vivac.

Los primeros resplandores de la mañana alumbraron el Oriente y nosotros dormiamos todavía, sin cuidarnos de la aproximacion del enemigo, cuando de repente nos hizo saltar una espantosa detonacion. En un instante estuvimos todos de pié. Centenares de balas pasaban silbando por nuestros oídos, y ya muchos de los nuestros se debatían con las ansias de la muerte, bañados en su propia sangre. Durante un instante, una indescriptible confusion reinó entre nosotros. Sorprendidos, arrancados bruscamente de un pesado sueño, aturridos y espantados, tomamos á la aventura el primer fusil que nos vino á las manos y contestamos tirando con él sobre los cazadores enemigos, cuyas cabezas descubrimos únicamente por encima de la avena. No nos daban tiempo para reconocernos, haciendo un continuo fuego sobre nuestra desordenada tropa.

Mi amigo y colega el furriel Walgraff, que habia avanzado demasiado, fué herido á un tiempo por tres balas, de las cuales una le entró por un vacío. Tres hermanos, Julio, Angel y Luciano Grad, corrieron hasta cerca de donde estaban los tiradores holandeses, y se apoderaron entre una granizada de balas, del furriel herido, poniéndole fuera del alcance del enemigo. Luciano recibió solamente un balazo en el brazo. (1)

Nuestros oficiales lograron ponernos en fila, y ofrecimos entonces al enemigo una resistencia obstinada, pero sin esperanza de éxito.

Habia en mi compañía un soldado que se llamaba Blampain, gallardo, de cabellos sumamente rubios y afamado entre nosotros, porque era capaz de comerse de una sentada un cubo lleno de patatas. Pues bien, fué herido de un balazo en el cinturón, y el golpe le echó hácia atrás con tanta violencia, que faltó poco para que me arrastrara consigo. Encargóseme de retirarle porque quedó insensible como un cadáver; pero abrió los ojos con indecible asombro y me preguntó con cándida sencillez:

—¿Furriel, no estoy muerto?

Se le ayudó á levantar y se le puso en su puesto.

El fuego continuó con gran vivacidad hasta el momento en que un nuevo destacamento de cazadores vino á reforzar á nuestros enemigos. Diósenos orden entonces de retroceder unos cien pasos y se nos apostó cerca del pueblo de Lubbeck, en un vergel rodeado de un espeso soto de hayas cuyos troncos apiñados se entrelazaban en todos sentidos. Abridados detrás de esta trinchera natural nos defendimos aun durante algun tiempo con ventaja, á pesar de silbar sobre nuestras cabezas y por entre nuestras filas un diluvio de balas. Muchos de los nuestros fueron heridos, y sus gritos y lamentos se mezclaban á las incesantes detonaciones de la fusilería.

Valor no nos faltaba, y el ejemplo de nuestro comandante, el mayor Macuhout, hubiera bastado solo para hacernos intrépidos. Este valiente jefe de batallon estaba á caballo, y por consiguiente expuesto mas que cualquiera al fuego del enemigo. Los oficiales querian que se apeara; pero él, con una apacible sonrisa en los labios, acariciaba á su montura en el cuello y decia con una voz que no alteraba ninguna emocion:

—¡Quieto... quieto... no es nada!

En este momento una batería holandesa apareció en la cumbre de la colina, y tomando posición á cierta distancia de nosotros, hizo oír una terrible detonacion y nos envió un diluvio de metralla.

Felizmente habian apuntado alto. No era posible sostenerse allí, y si quedábamos un rato mas en el vergel, debiamos ser exterminados hasta el último. Sin dejar de combatir retrocedimos hasta un camino hondo que bajaba hacia Lovaina, siendo perseguidos por los holandeses, de modo que á menudo tuvimos que cambiar de direccion para buscar en las desigualdades del terreno un abrigo contra las balas enemigas. Por inminente que fuese el peligro, no pudimos menos de admirar la rapidez con que maniobraba la artillería holandesa: parecia que volaba sobre las alturas y las colinas. La mayor parte de las balas pasaban sobre nuestras cabezas.

Continuamos nuestra retirada sin experimentar pérdidas sensibles y sin apretar el paso. Durante la marcha, nuestro comandante de escuadron riñó fuertemente á un oficial, porque se habia llevado ambas manos al chaco con indecible espanto al silbido de una bala en sus oídos. A eso del medio día entrábamos felizmente en Lovaina, y como está-

(1) Nuestro regimiento contaba siete hermanos Grad, nacidos todos en Ach (Hainault), todos de un mismo matrimonio. Eran valientes y en todas ocasiones se distinguieron por su ardiente patriotismo. Luciano, Angel y Julio son actualmente capitanes en el ejército belga; otro es brigadier de carabineros, dos son sargentos en los regimientos de preferencia ó de granaderos, y el otro ha muerto. De todos ellos Julio fué durante mucho tiempo mi mas íntimo amigo.

bamos rendidos de cansancio, nos sentamos en el suelo cerca de la puerta de Tirlémont.

Mientras combatiamos en Lubbeck, otras avanzadas eran atacadas como nosotros. Nos dijeron que el regimiento núm. 12 estaba casi destrozado.

Algunos soldados que formaban parte de los cuerpos que habian permanecido en Lovaina, vinieron á manifestarnos con gritos de admiracion que el ejército del Mosa, sorprendido por traicion, habia sido derrotado, y que nosotros, vendidos por nuestros jefes, trataríamos en vano de resistir á las fuerzas del enemigo. Nada es mas fatal para un ejército en presencia del contrario, que la sospecha de una traicion. Nos quedamos consternados con la terrible nueva, y hasta mas tarde, cuando vimos al valeroso rey Leopoldo desafiar al enemigo como el último soldado, no volvió la confianza á nuestro corazón.

Para que se comprendan los acontecimientos subsiguientes, son necesarias algunas explicaciones.

Cuando los holandeses atravesaron nuestras fronteras, el ejército belga se hallaba repartido, como he dicho ya, en dos grandes divisiones. El general Daine mandaba una de ellas, y se encontraba en las cercanías de Hasselt á la cabeza de quince mil hombres. Al punto se le dió la orden de marchar á Lovaina, y de reunirse allí con el ejército del Escalda, para ofrecer juntos al enemigo que se adelantaba una batalla decisiva. Sea que las órdenes se comprendiesen mal, sea, como otros aseguran que su ejecucion se retardase por la funesta obstinacion del general Daine; lo cierto es que el ejército del Mosa fué cortado por los holandeses, que le acometieron con ventaja numérica; hizo una larga y valerosa resistencia, pero al cabo tuvo que retirarse hácia Lieja en el mayor desorden. Los restos de la mitad del ejército belga se ballaban en esta ciudad en el momento en que todas las fuerzas holandesas, que se elevaban seguramente á 60,000 hombres, se preparaban á cercar Lovaina para obligarnos á empeñar una lucha desesperada.

Se ha escrito que los belgas no contaban en Lovaina mas de siete mil hombres, y esta cifra me parece inexacta, pues con las tropas auxiliares de la guardia cívica podiamos ser unos veinte mil; al menos así lo creíamos.

Mientras descansábamos en los baluartes de Lovaina, el ejército holandés se pone en movimiento, y una mitad llega en columnas cerradas y al alcance de nuestra gruesa artillería, á las cuevas inmediatas. Un vivo cañoneo se rompe por ambas partes, y durante un largo rato se oyen sin interrupcion los disparos de mas de cincuenta piezas.

Nuestro regimiento se hallaba acampado no lejos de las baterías; todo ocurría á pocos pasos de nosotros. En el primer instante mis compañeros se levantaron, pero viendo que solo los cañones tomaban parte en la lucha, se tendieron otra vez con la cabeza apoyada en la mochila, y se durmieron profundamente, como si aquello nada les importase. Es verdad que si una bala debia elegir á alguno de nosotros, ¿para qué habria servido estar despierto?

Ante el espectáculo del cañoneo yo me quedé en pié con los ojos fijos en las baterías. De repente, y con gran sorpresa, descubrí un sacerdote que servia de artillero y apuntaba una pieza contra el enemigo. Todos los que no dormían miraban al eclesiástico que trabajaba con ardor, como si en toda su vida hubiese hecho otro servicio.

El rey estaba á caballo cerca de las baterías; su fisonomía estaba impasible y presentaba ese carácter de serena é imponente gravedad que aun en el día impone la veneracion á todos cuantos se le acercan. Su presencia infundió á todos el valor y la esperanza de que guiados por él podiamos aun alcanzar la victoria.

Mientras la atencion de todos se concentraba en el fuego de las baterías, los holandeses habian tomado posición en la montaña de Hierro, inmediata á la calzada que conduce á Malinas. Desde aquella altura podian destruir la ciudad de Lovaina. Además, una de sus divisiones se habia apoderado del camino de Bruselas, y nos habia cortado toda comunicacion con la capital.

De repente trageron una orden á nuestros jefes, y al punto nos mandaron formar en columnas cerradas. En pocas palabras nos dijeron que con el rey á la cabeza íbamos á dar el asalto á la montaña de Hierro para arrojar al enemigo de aquella posición amenazadora, añadiendo que como brigada de vanguardia teniamos que ir delante á empeñar la accion, y á demostrar que los antiguos voluntarios Niellon eran dignos de la confianza del rey.

Recibimos esta noticia con ardientes aclamaciones, pero nos impusieron silencio á fin de evitar toda confusion y desorden.

Seguidos de todo el ejército, salimos por la puerta de Malinas y llegamos á la falda de la montaña de Hierro, en cuya cumbre esperaba el enemigo.

Los tambores tocaron la carga; resonaron las trompetas, y á la voz del jefe nos lanzamos hácia lo alto de la montaña, llegando á la meseta al cabo de una carrera ardiente y un tanto desordenada.

De repente caimos sobre una batería que nos hizo una descarga á la cual sucumbieron muchos de entre nosotros. Este terrible golpe produjo cierto desaliento en nuestras filas, pero á la voz de nuestros oficiales nos lanzamos de nuevo á bayoneta calada para tomar los cañones.

La montaña habia sido escalada con el mismo arrojito por los demás destacamentos; los holandeses no pudieron resistir á este primer choque y se replegaron sobre su centro, con lo que dieron á los belgas el tiempo y el espacio necesarios para desplegar sus columnas. Como nosotros habiamos chocado con las filas mas espesas del enemigo, en breve comenzó en toda la línea un vivo tiroteo de fusilería y artillería.

Yo, simp'e combatiente, no podia ver lo que pasaba á pocos pasos de mí; no veía mas que una inmensa nube de humo que marcaba la línea de batalla del enemigo; no oía mas que los tiros de fusil y de cañon que se sucedían sin

tregua, el silbido de las balas, y á veces tambien los gritos de mis compañeros de armas que caian gritando ¡Viva Leopoldo!

Por fin nuestro regimiento recibió la órden de diseminarse sobre los flancos del enemigo y de inquietarle con un fuego de guerrillas. Bajamos la cuesta entre la ciudad de Lovaina y el campo de batalla, y nos dispersamos en una grande extension de terreno.

El suelo estaba muy accidentado y los campos tenian aun las cosechas, y así era que mientras veíamos á los holandeses en el declive de la montaña, no podíamos distinguir sino á una parte de mis compañeros. Yo me hallaba con otro soldado en el borde de un camino hondo que tendria unos diez piés de profundidad, y aunque estábamos todavía muy distantes del enemigo, tirábamos sin interrupcion sobre su ala derecha.

Durante este tiempo parecia enardecerse en la montaña.

De repente oímos este grito horroroso:

—¡La caballería!

Y en efecto, en el mismo instante vimos una nube de dragones que bajaban de la montaña para atacarnos.

Se dice ordinariamente entre los soldados, que un infante nada tiene que temer de un jinete. Para veteranos quizá sea una verdad, pero para nosotros bisoños, no lo era. La vista de aquellos hombres de alta estatura montados en caballos enormes con un sable reluciente en la mano, me inspiró no temor, sino una especie de angustia. Nos hallábamos apostados de dos en dos, lejos los unos de los otros y sin poder distinguir á los oficiales, y así separados y aislados teníamos que esperar el choque de la numerosa caballería que se precipitaba sobre nosotros de lo alto de la montaña.

Llegados á la llanura los dragones se formaron tambien en una larga línea, y como si cada uno de ellos hubiese elegido por víctima á un tirador, se lanzaron á nosotros en parejas y con el sable levantado.

Pensé que habia llegado mi última hora; palidecí, un horrible temblor circuló por mis miembros, y desde aquel instante mi vista se clavó tan fijamente en los dos enemigos que parecian habernos elegido á nosotros, que mi compañero desapareció sin que yo lo advirtiese.

Los dragones estaban al alcance de una flecha cuando descargué mi fusil sobre ellos sin tocarlos; pensaba en cargar otra vez, pero el cartucho se cayó de mis manos y apenas tuve tiempo para presentar la bayoneta.

Uno de los dos dragones se lanzó á un lado por entre la avena, sin duda para atacar á mi compañero: ¡yo creí oír su último grito de agonía!

Presenté la bayoneta bien decidido á defenderme con encarnizamiento. La conviccion de que iba á morir me arrancó un profundo suspiro y dije en alta voz:

—¡Padre mio!

El sable del dragon brilló bajo mis ojos; me gritó que me rindiese, pero me quedé mudo y la ansiedad de la muerte en el alma buscando con los ojos un sitio donde pudiese herir á mi enemigo ó á su caballo. No sé qué maniobra hizo el jinete; pero lo cierto es que dió dos ó tres vueltas en mi derredor con una velocidad increíble, y yo logré por último herir á su caballo en el hombro.

¿Que pasó despues entre nosotros? A punto fijo no sabria decirlo. Mientras yo volvía la cabeza para evitar el brillo deslumbrador de la hoja del sable, recibí un tremendo golpe y caí en un agujero que me pareció no tener fondo... bajaba como si me hundiera en la eternidad... habia caído hácia atrás con mi fusil y mi mochila en la hondonada, y un instante me quedé sin conocimiento tendido boca arriba sin moverme; no obstante, volví en mí inmediatamente. Abrí los ojos y miré estupefacto en mi derredor; luego levanté los ojos al cielo y dí gracias á Dios porque me habia salvado tan milagrosamente de una muerte segura...

Oí dos pistoletazos sobre mi cabeza, y quise alejarme de aquel lugar donde aun corría peligro; pero cuando traté de levantar mi pié izquierdo, el dolor me arrancó un grito agudo... Sin embargo, me arrastré como pude siguiendo el camino hondo en direccion á la ciudad.

Cuando llegué sobre la calzada al mismo sitio desde donde habíamos subido al asalto de la montaña de Hierro, la batalla estaba perdida y la mayor parte de nuestro ejército en retirada. Uno ó dos regimientos combatian aun en la altura, pero cediendo el terreno poco á poco. La puerde la ciudad de Lovaina que dá á la calzada de Malinas vomitaba cañones y carros por centenares.

A mi lado se hallaba un sargento de mi regimiento llamado Lemaigre, que mientras se arrancaba el cabello de desesperacion, distinguió á lo lejos una batería de artillería belga que salía al trote de Lovaina, compuesta de ocho piezas de á doce. Esta batería parecia ir al mando de un sargento, y como este era conocido de Lemaigre, le detuvo y le pidió dirigiera sus cañones contra el flanco del enemigo para retardar nuestra derrota decisiva y cubrir un instante la retirada.

El sargento, que se llamaba Mateo, siguió el consejo é hizo fuego con todas sus piezas; un torrente de metralla aclaró las fuerzas del enemigo, que desde entonces amortiguó el ardor de sus ataques contra la retaguardia de nuestro valeroso ejército. Yo dejé aquel sitio, y arrastrándome con indecibles dolores, me senté por fin junto á uno de los árboles del camino en frente de una posada.

Sin embargo, el último regimiento belga habia sucumbido á su vez, y todo el ejército operaba de prisa su retirada en direccion á Malinas, al través de un material de guerra de toda especie. En aquel instante corrió de boca en boca el grito de: « ¡Armisticio! ¡Armisticio! ¡la paz! » Aunque muchos de nuestros soldados repitiesen este grito, no le daban el mayor crédito, quizá porque aun resonaban á lo lejos algunos cañonazos.

De repente ví al rey Leopoldo, rodeado de algunos oficiales de estado mayor, que se apeaba delante de la po-

sada; conferenció con sus oficiales, y muy luego volvió á salir con su séquito hácia Lovaina y en direccion al ejército enemigo.

Yo habia examinado atentamente las facciones del rey; una serenidad triste, pero orgullosa, conservaba á su fisonomía su carácter imponente aun en aquella dolorosa circunstancia.

Los holandeses no persiguieron á los belgas; el ruido de la fusilería habia cesado; se habia concluido de veras un armisticio, sobre lo cual será oportuno entrar en algunos detalles.

Las grandes potencias reunidas en Lóndres en conferencia habian pronunciado la separacion de la Bélgica y la Holanda, y para resistir á esta decision, el rey de los Países Bajos habia invadido nuestro territorio. La Francia estaba encargada de asegurar hasta por la fuerza la ejecucion de las voluntades de la conferencia. A la noticia de la derrota del ejército del Mosa, los generales franceses habian presumido con razon que los belgas no podian resistir á unos adversarios infinitamente superiores en número, y se habian puesto en marcha hácia la frontera con ánimo de socorrer al rey Leopoldo. Justamente, en lo mas fuerte de la batalla de Lovaina, en el momento en que la mayor parte de los regimientos belgas eran rechazados con grandes pérdidas de la montaña de Hierro, varios oficiales franceses enviados por el mariscal Gerard, se presentaban en el cuartel general de los holandeses y hacian comprender al príncipe de Orange y al duque de Sajonia Weimar, que si se disparaba otro cañonazo, el ejército francés, en nombre de las grandes potencias, se presentaria á ofrecer una nueva batalla, en la cual los holandeses serian vencidos sin remedio. Un encargado de negocios inglés que vimos aquel dia varias veces al lado del rey Leopoldo, asistia á la entrevista. Se concluyó pues un armisticio que estipulaba se suspendieran las hostilidades, y que al otro dia el ejército holandés se pondria en camino hácia la frontera; seguido, pero no molestado por los franceses; y estas condiciones se ejecutaron á la letra.

Cuando todo estuvo en calma en mi derredor, me levanté y traté de proseguir mi camino agarrándome á los árboles. Mi pié estaba muy hinchado; me habia cortado el zapato para quitármelo, y sufriendo agudos dolores me arrastraba lentamente á lo largo de la calzada sentándome de tiempo en tiempo para recobrar fuerzas.

Principiaba á declinar el dia y me hallaba aun apoyado en un árbol, cuando acertó á pasar un furgon descubierto en el que habia ya algunos soldados heridos ligeramente. Me preguntaron qué hacia allí solo, y oída mi respuesta, los conductores me subieron al furgon.

Cuando llegamos á Malinas encontramos todas las calles llenas de soldados belgas de todos los regimientos y todas las armas acampadas al aire libre. Yo pasé la noche en el furgon, y en la mañana siguiente ayudado por un compañero, llegué á la puerta de Amberes, donde debian reunirse los hombres dispersos de nuestro regimiento.

Despues de la lista debíamos dejar Malinas y volver á tomar el camino de Lovaina. A eso de las once todo estaba dispuesto para la marcha; algunos heridos, en cuyo número me contaba, debian seguir en carros. Sin embargo, cuando estábamos á la puerta de la ciudad, se nos mandó detener, dando órden de que los heridos fuesen llevados al hospital.

El establecimiento en que se nos depositó habia sido formado provisionalmente, y se le daba el mas modesto nombre de enfermería. Púsoseos á cada uno en su cama, y las hermanas de la caridad nos dieron excelentes víveres, vino, golosinas y aun dinero. Un cirujano hizo me pusieran en el pié una cataplasma de harina de linaza, y aun cuando mis padecimientos eran aun muy vivos, cai bien pronto en un profundo sueño, que se prolongó, por decirlo así hasta el dia inmediato.

Mi pié continuó hinchadísimo, doloroso y ardiente hasta el décimo dia, desde el cual la mejoría fué rápida, y una semana despues pude dejar la enfermería para volverme á unir á mi regimiento, que se hallaba acantonado en las cercanías de Termonde.

(Se continuará.)

LOGOGRIFO.

Del equipo femenino es esta palabra prenda, y de las combinaciones que forman sus nueve letras diré aquí las mas, no todas, que algo en el tintero queda.

Un color, un rio de España, un suplicio, una madera, piel, metal, y poesía, nave, odorífera yerba, animal apetitoso, mueble usual, dura piedra, planta espinosa, península que allá junto á China asienta, un sonido, un olor malo, de la música una pieza, lo que se ve en los altares, un mensaje, una moneda, simbolo del cristianismo, cierta region de la América, instrumento de labranza, argolla, local de bestias, un conjunto de estas mismas que en el traginar se emplea, un instrumento fabril, pellejo, ensenada, tela, cierto pelo, tribu bárbara,

cómputo para las épocas, lo que por sí nada vale, le que mas que vale cuesta, cierto término forense, cierta porcion de la esfera, cosa con que se camina por el agua y por la tierra, un instrumento que sirve para femenino tarea, una pintura y un viento, lo que exige una dolencia, construccion arquitectónica, lo que mas la arruga afea, puerto andaluz, viento blando, sustancia que alumbra, estera, un nombre que á Dios se da, y en fin, dos cosas diversas que en un reloj, si es que anda, se habrán de encontrar por fuerza.

F. A.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VIOLETA con corpiño montante y mangas largas.—La enagua de este trage va enteramente plegada de arriba abajo, y los pliegues tendidos hácia un mismo lado. Enagua corta de fulard crudo con puntitos negros; esta enagua va recortada á dientes cuadrados por su borde inferior y por ámbos lados del paño de delante, ribeteados con cinta negra, y lleva cada uno un boton negro grueso. Paletot igual á este trage corto, sin mangas, ó solo con una manga corta, algo anchas, y flotantes sobre las del trage de debajo.

TRAGE DE POPELINA AZUL, con listas finas agrupadas de seis en seis, de modo que formen una lista algo ancha.—En el borde inferior tres tiras al sesgo de tafetan del mismo color que el trage, y por consiguiente mas oscuras que la popelina. Paletot de paño de seda negro, mas corto por los lados que por delante y por detrás, y guardado con un encage alto negro, sobre el que corren tres galones de cuentas. Sombrero negro de crin, guardado con un velo de encage azul; bridas azules.

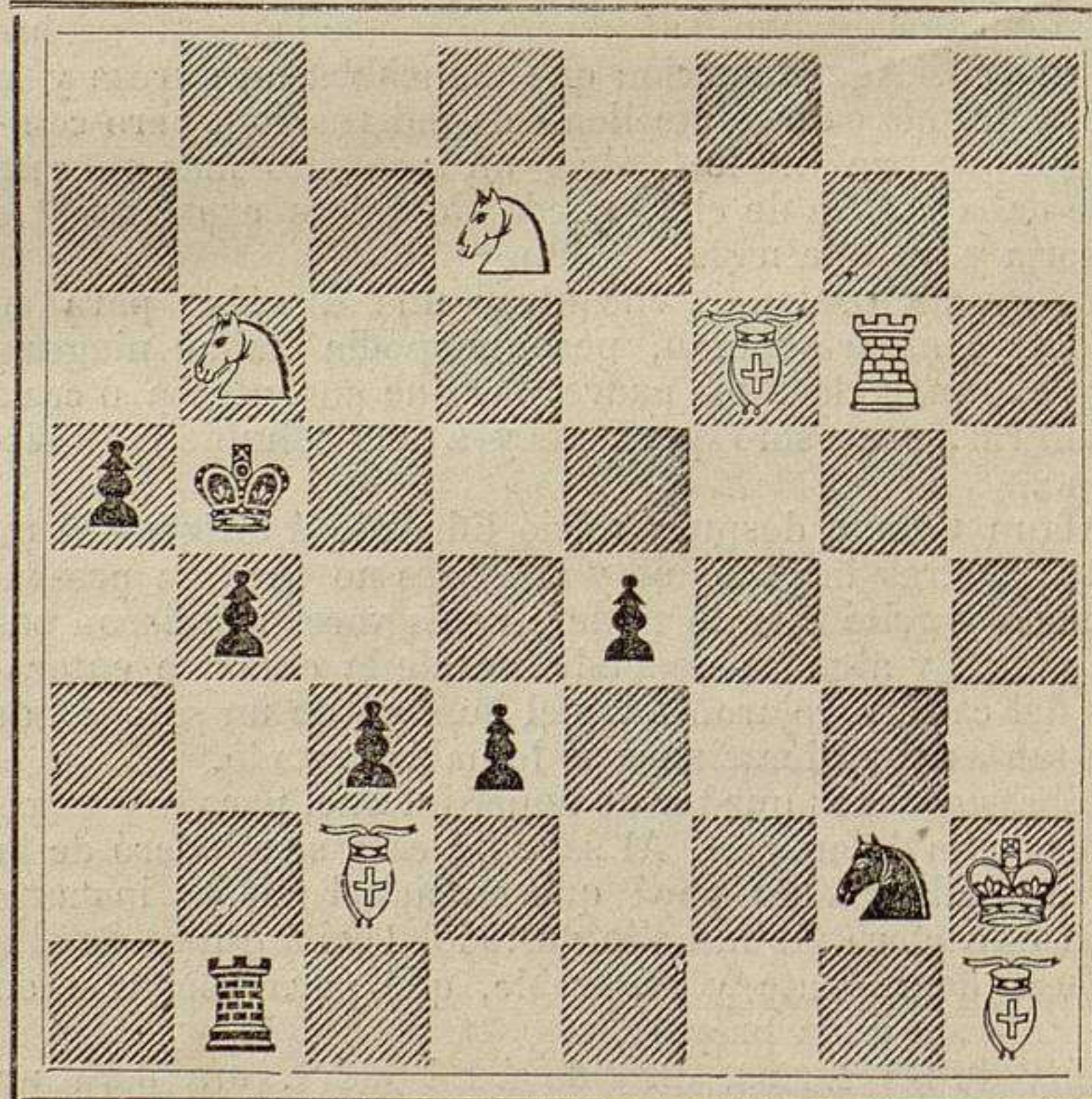
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 106.

- | | |
|-----------------------------|-------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1.ª A. 3.ª R. | R. toma A. |
| 2.ª R.ª 3.ª T.R. jaque. | R. 5.ª A.R. |
| 3.ª T. 2.ª A.R. jaque-mate. | |

PROBLEMA N.º 107, COMPUESTO POR M. LOPEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

Colegio de Señoritas en Cádiz, bajo la direcion de las Sras. Hermanas del Amor de Dios.

Estas señoras dan una educacion completa y esmerada; no dejan nada que desear, así en las clases de utilidad como las de adorno.

Se admiten pensionistas, medio pensionistas y esternas. Los honorarios son moderados.

Para mas pormenores y para adquirir prospectos, dirigirse á la R. Madre Superiora del Instituto calle de Isabel la Católica n.º 3, de once á una de la mañana y de tres á cinco de la tarde.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.